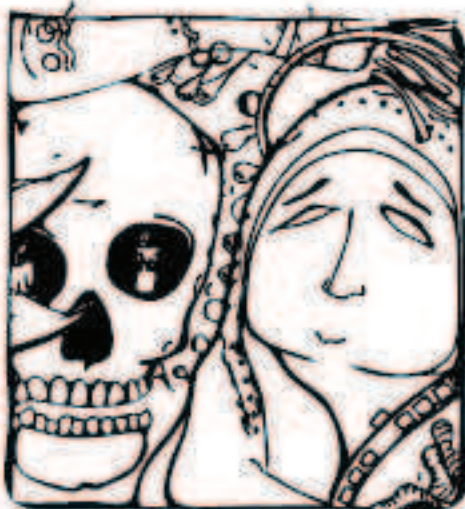




MUERTOS ENTRE ACTOS

Manuel José Botero Camacho¹
Ilustrado por: Erik Tálaga



¹ Literato de la Universidad de los Andes. Doctor en Filología (Teoría de la literatura y literatura comparada) y candidato a Doctor en Filología (Literatura y cultura de los países de habla inglesa) de la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de la Escuela de Ciencias Humanas de la Universidad del Rosario.





En *Pedro Páramo*, la novela de Rulfo, se expresa muy elegantemente la fusión de dos culturas: la azteca y la católica. La obra literaria del autor mejicano es el punto de partida de la siguiente reflexión acerca de una de las expresiones de religiosidad más fuertes de América Latina.

El mito informa la cultura cuando tiene un lenguaje que comprende las realidades espirituales, y como es un manual de comportamiento define las acciones de determinada cultura. Las personas de una cierta tribu, por ejemplo, van a desenvolverse en el mundo como sus mitos aconsejan, y por lo tanto el mito valida las acciones de esas personas.

El mito aporta el patrón de cómo una cultura aparece frente a su entorno. En *Pedro Páramo*, el mito también habrá de ser uno de los hilos conductores más definidos dentro de la estructura de la novela.

Antes de comenzar quisiera también recordar unas palabras de Eliade que devuelven al lector al tiempo en el que el mito es realidad y no ficción: “El mito designa una «historia verdadera», y lo que es más, una historia de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa [...] el mito tiene —o ha tenido hasta estos últimos tiempos— «vida», en el sentido de proporcionar modelos a la conducta humana y conferir por eso mismo significación y valor a la existencia”.²

PRELUDIO: LA MUERTE SE PRESENTA

La protagonista indiscutible de *Pedro Páramo* es la muerte, por eso será el epicentro de este artículo. ¿Por qué, entonces, insistir en las realidades míticas? El origen y el destino han sido, a lo largo de la

historia, las únicas constantes en la mayoría de las mitologías. Si bien estas hablan, también, de seres superiores y de la naturaleza, todo ello carecería de sentido sin la respuesta a la pregunta por el origen y sin la seguridad de lo que se encontrará en la muerte. Esto se puede explicar por vía negativa.

Occidente se ha dado el lujo de vivir una realidad con mitos impuestos, mitos nuevos; habiendo sustituido los antiguos, nos enfrentamos con la apoteosis de la razón. El mito que deposita la fe en la diosa Razón se ha encargado de dejar por fuera todas las realidades que no son inmediatas al conocimiento sensible, aquello que hemos dado en llamar realidades espirituales. A pesar de estar destruyendo el planeta a una velocidad suicida, ofrece la falsa apariencia de que se puede vivir sin zozobra espiritual. El *big bang* y la teoría de la evolución, que son mitos racionales de origen, acabaron con los mitos de origen y de tiempo primordial que daban cuenta de lo espiritual y llenaban de sentido la vida de los hombres.

Los mitos de origen infundían un propósito a la vida, entregaban una función y un destino. El misterio de la vida quedó reducido al ADN y a las composiciones químicas, por lo tanto la vida no tiene un propósito en el mito racional, no está intencionada, es solo un accidente, una casualidad química. Incluso se ha llegado al punto de clonar seres vivos, prescindiendo definitivamente de Dios y de la idea de un destino individual. Pero, por fortuna, todavía existe un dinamismo interior dentro de la cultura de Occidente que se manifiesta en las celebraciones populares y en los ritos que establece la cotidianidad, un movimiento que se enfrenta a la racionalidad de manera taimada y subversiva. Es de este acto de resistencia del que me ocuparé.

² Mircea Eliade, *Mito y realidad*. Barcelona: Labor, 1991, pp. 7-8.



PRIMER ACTO: EL DÍA DE TODOS LOS MUERTOS (INTERVENCIÓN DE QUETZALCOATL Y TEZCATLIPOCA)

En el mundo azteca la muerte era considerada como el motor de la existencia, no se le temía a la muerte. En efecto, aquellos guerreros que vencían en el juego de la pelota tenían el honor de ser sacrificados a los dioses. Era considerado una desventura no ser guerrero dado que no podían ofrecer sus vidas en el campo de batalla. Es un hecho que la gran mayoría de las guerras entre los mesoamericanos no eran causadas por diferencias políticas, sino por la voluntad que cada uno de los pueblos enfrentados tenía de demostrar sus habilidades en la contienda. La sangre era considerada el alimento del cosmos y la tierra exigía sacrificios. ¿Por qué? Porque los mitos así lo indicaban.

Los seres superiores habían tenido que derramar su propia sangre para concederles a los aztecas el don de la vida. Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, dios principal en la teología azteca, deposita su propia sangre sobre los huesos que van a ser la materia primordial de la que nacerá el hombre. Él se sacrifica para llevar a cabo la creación. Los dioses mayas tuvieron que saltar al fuego para que el sol saliera por vez primera y tenían conciencia de que era el sol la fuente de la vida. El sol azteca también necesita del sacrificio: por las noches se enfrenta al Gran Jaguar Oscuro y durante las largas horas de oscuridad se destruyen mutuamente. Es por esto que los hombres nunca pueden tener la certeza de que el sol salga en la mañana, por lo tanto los sacerdotes ofrecen un sacrificio al alba, cuando el cielo se tiñe de rojo y clama por sangre nueva.

El Gran Jaguar Oscuro es vencido... pero no para siempre, puesto que no es más que una de las muchas encarnaciones de Tezcatlipoca, el otro gran dios azteca. Tezcatlipoca es el dios que gobierna en esta, la cuarta edad del sol. No es un dios bondadoso, sino un timador y un traidor, fue él quien por medio de un engaño desterró a Quetzalcoatl de esta tierra. Tezcatlipoca es la encarnación de la incertidumbre, tiene el poder sobre todo aquello que atemoriza al hombre, asecha a los hombres para hacerlos caer, causarles desgracias y dolor. En un mundo en el cual los huracanes y el dolor de muela constituyen la vida diaria, es evidente que el desastre rige sus existencias. Él tiene un espejo de obsidiana que distorsiona las imágenes. Esta distorsión representa la condición humana. La vida para los aztecas es angustiosa y la muerte es la liberación de este yugo.

Hoy en día no es raro encontrar en México huellas de esta cultura de la muerte. Los mercados públicos y las plazas están fundamentadas en los pilares de las culturas maya y azteca. Es común encontrar quién le lea al curioso el porvenir en los granos de maíz o de frijol, como la contadora de los días del Popol Vuh. Los sacrificios de animales en recintos marcados con cruces,³ dirigidos por curanderos al iniciar los periodos de lluvias, son actuales. Incluso los ataques guerrilleros son planeados en fechas que aconsejan como benévolos los códigos antiguos.

El día de Todos los Muertos, la fiesta popular mexicana más importante, es un tributo a aquellos que ya no están con nosotros. En las tumbas se les deja licor y tabaco, puesto que ellos no desaparecen sino que cambian de nivel. Ahora están en un lugar desde el cual nos vigilan y nos cuidan. Los muertos, que ya han dejado de padecer, están en el seno de Quetzalcoatl y desde allí nos ayudan. Aquellos que han dado la vida y con su sangre han nutrido la tierra establecen un vínculo entre los vivos y el mundo de la muerte, puesto que

³ No son cruces cristianas, son cruces mayas que indican los puntos cardinales.





gracias a ellos hay vida. Son los muertos los que han permitido que la vida continúe.

Quetzalcoatl, que ama a los hombres, quiere abrirles el camino hacia el sol y ha prometido regresar vencedor. Por eso, cuando llegan los españoles ataviados de “plata”, montados en bestias inverosímiles, los indígenas piensan que se trata de su dios que ha vuelto por ellos. Pero no es sino otra manifestación de Tezcatlipoca. Es por eso que los aztecas le abren la puerta a otra cultura que habrá de teñir de sangre el suelo, y le abren la puerta a otro mito que habrá de fundirse irrevocablemente con sus creencias. El cristianismo llega como la reafirmación de sus propios mitos, y en sus conciencias siempre estarán esperando el regreso de Quetzalcoatl.

SEGUNDO ACTO: LOS MUERTOS DEL PUEBLO

La orientación pragmática con la que las misiones españolas en América buscaron la aproximación y la asimilación de los aborígenes a los postulados de la Iglesia Católica, terminó por producir una expresión sincrética en la cual se conjugaron elementos extraídos de la mitología local y de la religiosidad católica. Esta última, por lo demás, ya para entonces había tomado un sendero que la separaba del tronco cristiano en aspectos importantes que fueron puestos en evidencia con la Reforma protestante, generadora del gran cisma de Occidente, y con la Contrarreforma emprendida en el Concilio de Trento.

Curiosamente, algunos de esos aspectos convertidos en piedra de tropiezo de la unión económica de la Iglesia, en cuanto fueron sostenidos por la catolicidad, entraron de manera muy particular a enriquecer el mencionado sincretismo; tal fue el

caso de la doctrina del Purgatorio y del culto de los santos, entre ellos muy particularmente la Virgen María, y de la relación con los muertos.

La doctrina del Purgatorio, como se sabe, no tiene fuente en las Escrituras; su definición es el resultado de otro sincretismo al que me he referido, y busca satisfacer una especie de necesidad de indulgencia con los muertos amados. En las expresiones populares americanas adquiere una importancia descomunal que se expresa en las celebraciones carnestoléndicas del 1.º o el 2 de noviembre, según el caso, fechas en las que se invocan las ánimas del purgatorio y se festeja el día de Todos los Santos. Como ilustración, recuérdese que pocas prohibiciones son más reiteradas a lo largo de la Sagrada Escritura que la de invocar a los muertos: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos”, dice el Señor Jesucristo.

Sin embargo, la Iglesia Católica ha defendido vigorosamente la doctrina del Purgatorio, que en su amplio contexto no se ha limitado a definir su existencia como aquel sitio donde por la acción del fuego las almas empecatadas, en materia leve, son purificadas hasta conseguir el estado que les permite acceder al Paraíso; el Purgatorio implica, además, el clamor de esas almas que suplican por las plegarias de los vivos. También se advierte una cierta contabilidad del tiempo de purificación que se da en calendarios terrenales y que, aún cuando no pretende conocer su extensión total, sí le permite a los autodenominados intermediarios entre los hombres y el Creador, gestionar rebajas e inclusive negociar las llamadas indulgencias plenarias. También están las plegarias de los vivos que no solo buscan aliviar la pena de las ánimas en aquel estado, sino que persiguen, de alguna manera, su intercesión y su influencia en el mundo terrenal; recuérdese la jaculatoria del Réquiem.⁴

⁴ “Álmas del purgatorio: rogad por nosotros, que nosotros rogaremos por vosotros...”

En cuanto a las indulgencias, la mecánica de su operación ha dado lugar en el mundo, pero muy particularmente en América, a la instauración de una forma de fetichismo expresada en el comercio de imágenes, rezos, peregrinaciones y objetos de culto que prometen a su adquirente o a su beneficiario conseguir reducciones en días, en meses o años de sus penas en el fuego, o incluso, como ya se mencionó, la amnistía total en forma de indulgencia plenaria.

En este marco, la relación de los vivos con sus muertos es constante. Constátase la patética vis-tosidad de las ceremonias fúnebres, más notoria en algunas regiones que en otras, con sus largas procesiones con cuerpo presente, las interminables vigili-as para acompañar al difunto, la función plañidera, o bien el peregrinaje a los cementerios que hacen los dolientes para honrar a sus muertos.

El culto a los santos se ubica en el mismo marco. A despecho de la enseñanza de las Escrituras la religiosidad popular ha elevado a la categoría de intercesores a un sinnúmero de hombres que, de acuerdo con el rito de la canonización, fueron llevados al santoral; pero en las prácticas se convierten en objeto directo y final de culto; los “santos patronos” prodigan mercedes en lo que al objeto de su patronazgo se refiere, sin más instancias, con autonomía plena. Sabemos que muchas de estas figuras son también figuras de personajes extraídos de otras mitologías que, en el afán sincrético, fueron acogidos para darle espacio a la religiosidad popular y evitar así el choque cultural. Algo similar se observa en las múltiples advocaciones de María, llenas de caracteres lugareños, exornadas de atributos vernáculos, como se observa en la Virgen Morena, en la de la Macarena, en la de Guadalupe, etc.



En la religiosidad popular americana, que en sus creencias y prácticas es resultado del mencionado sincretismo, la familiaridad con los muertos deja una sensación como si se viviera una especie de vida paralela, algo así como el contacto tangencial y episódico de dos dimensiones entre las cuales vivos y muertos alternan regularmente, un espacio en el que los muertos hacen parte actual de la vida de los vivos. Estos últimos interfieren constantemente en el misterio, lo manosean y perturban, mientras los muertos están ahí, viviendo, entre torturados y dispuestos, interactuando permanentemente con quienes aún no se han sumado a la larga espera.

INTERMEDIO

El sacrificio, práctica repudiada por los españoles, no está tan alejado de la doctrina que ellos mismos

defendían. Jesucristo se sacrificó por nosotros y por medio de su sangre nos redime permanentemente; en la eucaristía se bebe la sangre del Cordero, y por su poder somos purificados y puestos en estado de Gracia. Jesucristo murió por nosotros, pero habrá de volver, al igual que Quetzalcoatl. Este aspecto común de las dos mitologías, que la muerte y la sangre sean necesarias para la verdadera vida, hizo más fácil la introducción del mito católico en el mundo mesoamericano, y permitió la permanencia de ciertas creencias nativas en las supuestas regiones evangelizadas. Tal vez ahora parezca más entendible por qué digo que *Pedro Páramo* se sostiene sobre estas dos corrientes míticas. Para explicarlo de manera un poco más amplia me remitiré a ejemplos concretos de la novela, y así terminaremos este artículo.



TERCER ACTO: LA SÍNTESIS EN COMALA

“La soledad y el vacío constituyen el ámbito por donde deambulan los habitantes de Comala. Por el pueblo de Pedro Páramo vaga, codeándose con la vida, el fantasma de la muerte. Su espectro se adueña de los vivos y deja en ellos huellas indelebles”.⁵

La primera persona que encuentra Juan Preciado cuando va rumbo de Comala, aún estando vivo, es precisamente aquel que asesinó a la persona que Juan iba a buscar. Es curioso que desde antes de llegar a Comala, Juan, sin saberlo, haya encontrado el fin de su empresa. El hecho de que este arriero, Abundio, y la señora de la casa donde le recomiendan hospedarse estén muertos es impresionante. Las dos personas con quienes se ha encontrado están muertas, y aquel hombre a quien busca lo está también. Más adelante, el lector descubre que toda la novela está compuesta por voces y recuerdos de gente muerta.

Es fascinante la recreación que hace Rulfo de las relaciones místicas del pueblo mexicano. Están, por supuesto, exageradas hasta tal punto que a los vivos les cuesta trabajo saber quiénes están muertos, y a veces ni siquiera lo notan. Juan Preciado, por ejemplo, no percibió que Abundio estaba muerto, se enteró porque le contaron. Estas relaciones, como ya he expuesto, vienen de tradiciones ancestrales en las que la muerte no es separación de la vida, sino necesaria para que esta exista. Es necesario anotar que otra interpretación sugiere que “todos” están muertos, incluso Juan Preciado, cuya ignorancia no consiste en no notar que los demás están muertos sino en no haber entendido que él ya no hace parte del mundo de los vivos, en no entender que es tras su muerte cuando va

en busca de su padre. Una lectura así dirigida en nada compromete el comentario que aquí se propone, puesto que la oposición vida - muerte, aunque ya no se establecería entre los personajes, se conservaría entre el lector y dichos personajes. Por otra parte, encontramos que si Juan ignora el hecho de haber muerto, puede deberse a que nada fundamental ha cambiado en su percepción, lo cual revela un mundo futuro muy similar al que los vivos habitan. Dice Octavio Paz: “Para los antiguos mejicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa. La muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito”.⁶

Esta convivencia ancestral con la muerte es evidenciada por Rulfo, quien la llena de un nuevo significado: aquel que consiste en renovar y legitimar las creencias antiguas. La religión impuesta no puede regir el espíritu de nadie, y lo que está escrito tampoco. Lo que es válido para el espíritu es la interpretación personal que se hace de los textos sagrados, de la religión o de las prédicas. Lo que agita el espíritu es algo inconsciente, no racional, es algo que no se enseña ni se aprende. Retomando el artículo de Paz, quisiera citar aquella frase que dice: “Muerte de cristiano o muerte de perro son maneras de morir que reflejan maneras de vivir”. Con estas palabras conectamos también con el pasado, si recordamos lo que significaba morir como guerrero en la antigüedad americana.

En la novela, la muerte de Miguel Páramo refleja la forma como vivió. No por haber matado muere asesinado, no es en ese sentido en que su muerte refleja su vida. Muere este hombre, casi un niño todavía, sin que haya posibilidad de vengar su muerte, pues nadie lo mató. Él, que tanto daño había hecho, nunca tuvo un castigo; las personas a

⁵ Mercedes Suárez, *La América real y la América mágica*. Universidad de Salamanca: 1996, p. 365.

⁶ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 48.





quienes les hizo daño no obtuvieron venganza, por lo tanto su muerte tampoco ha de ser vengada. La muerte de Pedro Páramo también es significativa, puesto que uno de *los hijos de la gran chingada* fue quien lo mató. Uno de los que “malparieron en un petate aunque era hijo de Pedro Páramo”. La muerte le llega a este gran hombre de manos de uno de sus hijos, a quien abandonó a su suerte como a tantos otros, a pesar de haberlo bautizado.

El padre Rentería lleva a cuestras el cristianismo popular, sin embargo, es un personaje sumamente complejo. Cuando se habla de tráfico de indulgencias inmediatamente se piensa en la manipulación de la Iglesia, en un truco inventado para enriquecer las arcas monacales. Sin embargo, el padre Rentería se enfrenta a un conflicto: si bien sabe que las oraciones de los pobres no dan para comer y que las monedas de los ricos sí lo hacen, él cree que verdaderamente hay un precio por la salvación. Se niega a bendecir a Miguel Páramo y le pide a Dios que lo condene, pero deja las monedas en el altar

para que Dios decida si “ese es el precio”. Luego va a confesarse, pero el párroco de Contla no lo absuelve y por lo tanto queda condenado en vida. A lo largo de la novela corren voces que dicen que si no se rezan tantas misas el difunto no se salvará; otras piden oraciones, otras intercesión. Unas piden venganza y otras perdón. También vale recordar el patetismo con que se lleva a cabo el funeral de Susana San Juan, que es tan escandaloso que termina convertido en fiesta, la última que tendrá Comala. La voz popular cristiana inunda toda la novela: los aztecas labraron los surcos, los cristianos los han sembrado. Para terminar, quisiera referirme a ese personaje misterioso, a Susana San Juan: “En esta secuencia Susana San Juan, objeto de la ambición y el deseo de Páramo, le recuerda a Justina, su vieja criada, que no sintió dolor alguno cuando murió su madre. Pero Susana, que no busca alivio en las prácticas religiosas ni en el dramatismo de los ritos funerarios, estará siempre marcada por la ausencia de la madre. La muerte ajena será para ella y para otros personajes

de *Pedro Páramo* causa de enajenación, de muerte anímica y de alejamiento de la realidad. Sin embargo, Susana todavía espera otra justicia y otra vida *en otra parte*”.⁷

Ese rechazo a los ritos es llamativo. La forma como despide al padre cuando la atormenta en el lecho de muerte no deja de ser impresionante. Es una posición muy moderna frente al problema de la religiosidad. Ella es considerada como una loca, pero considero que no lo está en absoluto; ella llega a la tranquilidad del espíritu sin necesidad de rituales, primitivos o cristianos, llega a la tranquilidad mística verdaderamente, comprende el ciclo del universo sin angustia ni temor; espera otra vida mejor, como lo hacemos todos, pero la espera sin muerte, como si se supiera en la fase de la muerte y esperara pronto su nacimiento. Si tenemos en cuenta que Comala es el Infierno, Susana es la única que lo comprende, ella sabe que esa no es su vida. Todos los habitantes de Comala nacen para morir allí y desde sus tumbas

nos hablan, incluso algunos nos cuentan de la vida y hasta de las palabras de Susana. Ella nunca nos habla porque muere para nacer en otra parte. Telón.

Bibliografía

Eliade, Mircea, *Mito y realidad*. Barcelona: Labor, 1991.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Rulfo, Juan, *Antología personal*. Sacramento: Nueva Imagen, 1977.

Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Suárez, Mercedes, *La América real y la América mágica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.

Popol Vuh, traducido por Adrián Recinos. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁷ Suárez, *op. cit.*, p. 365.

